

Semblanza de un sacerdote, formador de sacerdotes

Juan Alonso

*Rector del Colegio Eclesiástico Internacional Bidasoa
Universidad de Navarra*

Cuando me pidieron esta intervención, me vinieron al corazón dos sentimientos encontrados. El primero: que se trataba de un auténtico desafío. Porque si nunca es tarea fácil trazar en pocos minutos la vida ministerial de un sacerdote, menos aún lo es cuando hablamos de alguien con una personalidad tan rica como la del muy querido D. Juan Antonio. El segundo sentimiento: que tenía por delante una tarea gozosa, porque se trataba de recordar a un amigo, a un sacerdote bueno y ejemplar, a un colega con quien he tenido el privilegio de compartir más de trece años de labor formativa en el Seminario Internacional Bidasoa.

Lo que pretendo hacer en este breve tiempo es sencillamente traer a la memoria algunos recuerdos y anécdotas de la vida de D. Juan Antonio que ayuden a esbozar de alguna manera su semblanza sacerdotal y su tarea como formador de futuros sacerdotes. Citaré algunos testimonios recogidos tras su fallecimiento. Serán solo una pequeña muestra, que sin duda podría

enriquecerse con otras muchas experiencias personales y reflexiones de quienes han tenido la suerte de conocerle y tratarle.

Sacerdote cien por cien

Juan Antonio Gil Tamayo fue ordenado sacerdote el 29 de agosto de 2002 en la parroquia de San Miguel de Pamplona, por Mons. Javier Echevarría, entonces Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de esta Universidad. En el año 2005 se incorporó al equipo formador del Seminario Bidasoa, en su sede de la popular Plaza de los Castaños de Barañain. De sus casi 17 años de ministerio, la gran mayoría (14 en concreto) estuvo dedicado a la formación sacerdotal y al acompañamiento de seminaristas, compatibilizando esa tarea con una no pequeña actividad académica, como se acaba de recordar.

Si hubiera que destacar un rasgo fundamental de su vida, habría que referirse indudablemente a su honda conciencia de la grandeza del sacerdocio y a su orgullo santo de ser sacerdote.

En sintonía con los tres grandes Padres de la Iglesia que más reflexionaron sobre el ministerio pastoral: san Gregorio Nacianceno (con el discurso *Fuga*), san Juan Crisóstomo (con el *Diálogo sobre el sacerdocio*) y san Gregorio Magno (con su *Regla pastoral*), D. Juan Antonio era muy consciente de que el sacerdocio es, según indica el Nacianceno, «el arte de las artes y la

ciencia de las ciencias» (*Fuga*, 16). Su grandeza proviene de ser como el **signo del amor de Cristo por su Iglesia** (*Diálogos* II, 1), como dirá el Crisóstomo; el sacramento que une la grandeza de Dios a la bajeza humana (cf. *Fuga*, 74-76).

También conocía D. Juan Antonio el célebre comentario de san Agustín a las palabras que Jesús dirigió a Pedro («Apacienta mis ovejas», *Jn* 21,15): el Doctor de la Gracia entendía la tarea del Pastor de la grey del Señor como «*amoris officium*», como oficio de amor (*In Iohannis Evangelium*, 123,5; PL 35,1967). Muchos de los que conocieron a D. Juan Antonio vieron en él al mismo Jesús que les acogía, que los amaba. En este sentido, un seminarista le dejó escritas estas palabras de despedida: «amadísimo don Juan: cuando era un niño soñaba con haber podido vivir en el tiempo de Jesús para conocerle; sin embargo, le conocí siendo ya un hombre: gracias, don Juan, por haberme mostrado en cada momento el rostro de Cristo en usted».

Su sentirse orgulloso de ser sacerdote de Jesucristo impregnaba sus actividades y daba una fuerza muy especial a sus palabras y consejos. Era algo que no pasaba desapercibido a los que le trataban. ¿Cómo no iba a tener su vida ese gran poder de convicción para arrastrar a otros a seguir a Jesús por el camino sacerdotal? El testimonio de un joven seminarista lo confirma: «don Juan, muchas gracias por convencerme para seguir a Jesús y entrar en el seminario. Gracias por la formación

que me diste, tu alegría, amabilidad, cuidado y amor. Te juro que no sé cómo pagártelo. (...). No dejes de ayudarnos a todos para ser sacerdotes como tú nos enseñaste». Otro seminarista lo expresaba así: «¡Gracias, campeón! Tu ejemplo de entrega y generosidad nos ha ayudado a valorar y amar nuestra vocación».

Un antiguo alumno de Bidasoa, hoy sacerdote en América, con motivo del fallecimiento de D. Juan Antonio publicó en su blog una entrada con el significativo título: «Don Juan Antonio Gil, orfebre de vocaciones». Entre otras cosas, allí se recogía el email que D. Juan Antonio le envió cuando él era diácono y estaba realizando diversas tareas pastorales en su país, en espera de la ordenación sacerdotal: «Me alegra también muchísimo esa pastoral que estás haciendo... Debe ser para ti la mejor manera de calentar motores para recibir ese don maravilloso del sacerdocio: pídelo cada día y sobre todo disponte con un corazón de pastor, sacrificado, eucarístico y muy mariano».

Permítanme citar ahora unas palabras del mismo D. Juan Antonio, en una charla que impartió a varios seminaristas de Bidasoa. Hablaba del sacerdote y del Espíritu Santo:

un sacerdote, por el hecho del sacramento del Orden (...), es sagrado; ¿Eso qué significa? Que el Espíritu Santo le ha convertido en «pertenencia de Dios»; (...); soy su pertenencia...; le pertenezco, y le pertenezco toda la vida, *sacerdos in aeternum...*». «Y

eso significa –continuaba– que las 24 horas del día soy cura. –¿Cuándo visto el pijama?: también cuando visto el pijama; ¿cuándo estoy vestido del Fútbol Club Barcelona?: sí, también (...). Cuando al candidato le imponen las manos en la ordenación, Dios le está diciendo: estás en mis manos, eres mío... Eso nos tiene que dar una seguridad muy grande... Soy de Dios, y Dios no me deja, aunque (...) pueda pasar noches oscuras, no me deja, no me deja... (Son palabras del 15 septiembre de 2018, cuando llevaba ya más de un año peleando con su enfermedad).

Evocar el perfil sacerdotal de D. Juan Antonio es ver hecho realidad aquel sueño de San Josemaría para sus hijos sacerdotes. Solía decir que debían ser «sacerdotes-sacerdotes, sacerdotes cien por cien», en todos los momentos y circunstancias, hombres dedicados exclusivamente a Dios y a las almas (San Josemaría, Homilía *Sacerdote para la eternidad*, 13-IV-1973).

Un pastor ejemplar

En D. Juan Antonio se percibían las características que, según San Gregorio Magno, habían de distinguir a un pastor de almas:

(...) es necesario que sea puro de pensamiento, sobresaliente en el actuar, discreto con su silencio, útil al hablar, cercano en la compasión con cada uno, adelantando a todos en la entrega a la contem-

plación, compañero por su humildad con los que hacen el bien, firme en el deseo de justicia contra los vicios de los pecadores, sin que la ocupación exterior debilite su atención a lo interior, y sin que la solicitud por lo interior le haga abandonar la atención a lo exterior (*Regla* II, 1).

De manera particular resaltaba en él esa especie de equilibrio entre opuestos al que apunta este gran Papa y Padre de la Iglesia latina en el texto citado. D. Juan Antonio era, en efecto, un hombre discreto y, al mismo tiempo, un ameno conversador; una persona piadosa, de intensa oración y, simultáneamente, un sacerdote cercano; un amigo siempre leal, y un hombre con el corazón abierto a todas las personas; exigente al proponer altas metas de santidad, pero comprensivo y paciente con los errores y las debilidades humanas; de sus labios solía salir un animante «¡a por ello!» (que se aplicaba primeramente a sí mismo) y que lograba desbaratar todo tipo de miedos y temores. En síntesis: un sacerdote con los pies bien firmes en la tierra y con la cabeza y el corazón en el cielo.

Un hombre con «carisma»

Al poco tiempo de que D. Juan Antonio entregara su alma a Dios, una de las enfermeras de la Clínica Universidad de Navarra que le había atendido en sus últimos días, comentó como de pasada: «este hombre

tenía un algo especial». Los que le conocimos podemos afirmar lo mismo. Dando un paso más, nos podemos preguntar: ¿Cuál era su secreto?

Ciertamente don Juan Antonio tenía «carisma». Poseía unas cualidades extraordinarias que Dios le otorgó y que él supo cultivar, no sin esfuerzo: inteligencia, simpatía y don de gentes, optimismo contagioso... Pero si tuviera que destacar alguna de ellas subrayaría el don de consejo: su capacidad para conectar con las personas y colocarlas en la órbita de la voluntad de Dios y en la lógica de Jesús y del Evangelio.

En efecto, sabía exigir con fortaleza y con cariño al mismo tiempo, conjugando los grandes ideales y los detalles cotidianos aparentemente pequeños e insignificantes. Un botón de muestra es esta frase suya que los seminaristas anotaron en una de las clases de formación que impartió: «No me digas que quieres ser cura y tener un altar para celebrar, si no sabes ofrecerte todos los días en tu altar que es tu mesa de estudio». Y entre los testimonios de quienes recibieron su consejo cabe citar el que refiere un antiguo seminarista, hoy joven sacerdote por tierras americanas: «gracias por sus consejos y también por sus regaños: Siempre me regañaba porque no me afeitaba». Y es que D. Juan Antonio no se andaba por las ramas: sugería estrategias y consejos concretos según las circunstancias de cada uno, como en el caso de quien

escribe: «En los momentos de exámenes tú fuiste la persona que guardabas mi móvil para que pudiera estudiar bien».

Sabía querer y se hacía querer

El carisma de D. Juan Antonio incluía, además de un gran sentido sobrenatural, una capacidad de introspección psicológica sobresaliente que le permitía hacerse cargo con presteza de las situaciones de las personas, comprender sus necesidades y actuar con acierto: sabía aconsejar, animar, consolar, quitar hierro a un asunto, abrir horizontes, etc. Aconsejaba como padre y como amigo. El interlocutor se sentía querido, escuchado, comprendido. D. Juan Antonio también se hacía querer, porque confiaba de verdad en las personas. Siguió el ejemplo de san Josemaría, que afirmaba que se fiaba más de la palabra de un hijo suyo o de un amigo que del testimonio unánime de cien notarios juntos. Creo que quienes conocimos a D. Juan Antonio, cuando pensamos en él, recordamos ese bello texto bíblico: «El amigo fiel es seguro refugio, el que le encuentra ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, no hay peso que mida su valor» (*Eclesiástico* 6, 14-15). Un amigo suyo lo reflejaba de este modo en el libro de la capilla ardiente: «Juanillo (...) que Dios te pague lo que has hecho por cada uno de tus amigos». Era evidente que quería a cada uno

de manera distinta, y con cada uno tenía los detalles originales y exclusivos de la amistad.

En esta misma línea debe mencionarse otra nota de su temple como formador: D. Juan Antonio creía en la libertad y era consciente de que en la tarea de la formación la confianza juega un papel decisivo. Por eso, más que mandar, aconsejaba; más que imponer, proponía; más que enseñar reglas y criterios, enseñaba a adquirir hábitos para ser capaces de pensar y de tomar las propias decisiones libremente. Su autoridad no provenía de su *potestas*, sino de la confianza y el cariño que transmitía, primera fuente de la *auctoritas* y de la credibilidad de un formador.

Una sonrisa en el rostro

Y puestos a desvelar algo más de ese carisma, hay que aludir necesariamente a su alegría y buen humor, seguramente sus cualidades más visibles, y en muchas ocasiones las más sonoras, por sus risas y carcajadas tan contagiosas. El Papa Francisco ha expresado en diferentes ocasiones y de diversos modos la necesidad de que los cristianos –especialmente los sacerdotes– seamos testigos de la alegría del Evangelio. D. Juan Antonio sembraba serenidad y jovialidad a su alrededor. Sirvan de ejemplo estos testimonios: «cuánto nos enseñaste con tus palabras, con tus sonrisas»; «queda en mí el recuerdo de un sacerdote alegre, optimis-

ta, esperanzado»; «estando con él se pasaban todas las preocupaciones, sobre todo cuando estábamos en época de exámenes finales»; «nunca faltó en su rostro la sonrisa». Un antiguo formador de Bidasoa dejó escrito: «Siempre fue sembrador de paz y alegría. Un modelo de verdadera caridad sacerdotal». La sonrisa de D. Juan Antonio constituye todavía hoy un recuerdo imborrable para las decenas de nuevos seminaristas de lengua no española que llegaban a mediados de julio desde los más diversos rincones del mundo al curso de español organizado por la Facultad de Teología: no podían comunicarse con la lengua, pero la mirada acogedora y alegre de D. Juan Antonio superaba las barreras del idioma: esa imagen valía más que mil palabras.

Su testimonio como sacerdote y formador fue especialmente impactante en el transcurso de su enfermedad en sus últimos meses de vida, a través de su ejemplo de sufrimiento silencioso y alegre. Un testigo escribió: «Nos hablaste siempre de configurarnos con Cristo: ¡cómo lo viviste tú hasta el extremo, hasta su cruz!». Y es que cuando D. Juan Antonio estaba más limitado de salud, era ejemplar su esfuerzo por adaptarse al horario del seminario —muchas veces con su carrito portátil de oxígeno—, o su tesón para celebrar la eucaristía a pesar de sus limitaciones. Las charlas de formación que recibían los seminaristas se quedaban cortas ante el peso del ejemplo visible de una vida

sacerdotal auténtica. También en estas circunstancias su celo por las personas le llevó a no tener miedo a gastarse por los demás. Así lo refiere un seminarista: «Mi querido don Juan Antonio: (...) fuiste grande hasta el final, hasta el punto de llamarme para dirigir mi alma justo antes de partir por última vez a la Clínica, a pesar de tu delicado estado de salud; con esto me enseñaste que por Cristo y por amor (...) al prójimo hay que desgastarse (...) hasta el final».

* * *

En resumen, la vida sacerdotal de D. Juan Antonio encarnó magistralmente los tres rasgos que el Papa Francisco ha señalado como indispensables en un formador a ejemplo del Buen Pastor. Un formador debe *ir por delante del rebaño*, con su integridad de vida, abriendo camino. También debe *estar en medio del rebaño*, entre la gente, escuchando, dedicando tiempo, haciéndose cargo. Y, por último, debe *ir detrás del rebaño*, recogiendo con paciencia al rezagado, transmitiendo en torno a sí optimismo y esperanza.

San Agustín escribió que para conocer a una persona no hay que preguntarle lo que piensa, sino lo que ama (cf. *Ench.* 31, 117). El secreto de D. Juan Antonio no fue ni es otro que su amor al Buen Pastor. Supo pisar donde Jesús pisó, y así pudo ir con Él por delante, en medio y por detrás del rebaño.

Deseo terminar con dos testimonios. El primero pertenece a un sacerdote joven que recibió su formación sacerdotal en Bidasoa; dejaba a D. Juan Antonio este mensaje: «Querido D. Juan: al despedirme de Bidasoa me dijiste: ‘¡fidelidad!’ . Con la certeza de que fuiste fiel, pido que ahora, desde el cielo, intercedas por nosotros, para que también seamos fieles».

El segundo es otro fragmento de la entrada del blog citado más arriba. Dice así: «Fuiste un gran regalo de Dios para los que te conocimos y llegamos a quererte. Cuando me enteré de tu partida, no sabía si rezar un responso o ponerme bajo tu protección. El orfebre es quien labra objetos, ya sean adornos o utensilios. Esa fue la misión de D. Juan Antonio en Bidasoa, y le estamos agradecidos por todo lo que hizo en nuestra formación. Desde la eternidad no dejes de bendecirnos y sonreírnos, pues ese fue el testimonio que nos dejaste: *Servite Domino in laetitia!* – ¡Serviré a Dios con alegría!».

Fidelidad, servicio, alegría. Tres palabras que sintetizan bien el ministerio de un sacerdote ejemplar, formador de sacerdotes, orfebre de vocaciones.